

BX3853

M4

A5

DISCURSO

VELADA LITERARIA

Academia Literaria de México
y de Méjico

EL 29 DE SEPTIEMBRE DE 1856

por el Sr. D. Vicente de F. Arzobispo



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

de ver que la patria que se halla en el
múltiples frentes que se abren a la
la patria en el momento de su liberación
que habrán estado y continúan en el
lo habrán sido y serán siempre de la
confianza de la Nación y de los mexicanos
también que pertenecen a la patria y a la
Querétanos. Pienso que no solo es la patria una
ción a la cual todos los mexicanos se han

En los albores del año de 1856, siendo todavía muy joven, dejé mis patrios lares para ir a aprender el idioma latino en el entonces renombrado Seminario de León, que el Illmo. Sr. Portugal había confiado a la dirección de los hijos de San Vicente de Paúl. Desde que penetré a vuestra ciudad en diligencia, vehículo que entonces estaba en usanza, sentí por ella una simpatía tan grande, que ni por haber conocido después otras muchas en nuestra patria y en el extranjero, se ha disminuído en lo más mínimo. Siempre la he visto con particular predilección, y doy de lo íntimo de mi alma infinitas gracias al Señor, porque me ha concedido en el ocaso de mi mísera existencia, venga en esta noche a hacer os manifestación, oh amados queretanos, de mis afectos hacia este lugar donde visteis la primera luz y donde felizmente moráis; lugar tan privilegiado del cielo, como que ha sido la mansión de muchas almas santas: pareceme que quienes moran en esta ciudad, tienen más cerca nuestra deseada Sión.

Illmos. y Rmos. señores Arzobispos, permitid este desahogo a un pobre anciano, que ante vosotros se siente anonadado por la gratitud que os guarda, por el respeto que profesa a vuestra acrisolada virtud, por la veneración que le despierta vuestro talento é ilustración, por

el cariño que le inspira vuestra caballeridad y demás múltiples prendas que os adornan.

Perdonad mi osadía si me atrevo á preguntaros: ¿por qué habéis venido á ennoblecer, á enaltecer y á dar tanto lustre con vuestra augusta presencia al memorable centenario de la dedicación de uno de los más suntuosos templos que hermosean á la siempre levítica ciudad de Querétaro? Pienso que no sólo os ha traído una invitación á la cual jamás desatenderiais, sino que otra vez más habéis querido dar á la faz de la Iglesia Mexicana una prueba de vuestro acendrado amor al gran apóstol de Roma, en sus hijos. Benditos seais, Illmos. señores, porque no se oculta á vuestra vasta penetración que las familias regulares son tan indispensables para la Iglesia, como para la sociedad la milicia y la magistratura. Benditos seais, porque conserváis incólumes las enseñanzas que cuando erais niños aprendisteis de los augustos Pontífices que regían entonces los destinos de la Iglesia Mexicana: los Portugales, Vázquez, Belaunzaranes, Garzas, Munguías, Espinosas, Barajas, Colinas y Vereas, que tanto lucharon por impedir el horrendo atentado que comenzó á fraguarse en 1833 y que vino á consumarse veintiséis años después, cual fué disponer de los bienes de la Iglesia, abolir la santa unión conyugal y destruir por dondequiera los nidos de las místicas palomas, "que dentro de las hendeduras de la piedra y en la abertura de la muralla," (Can. II, 14), cual tórtolas plañideras entonaban las divinas alabanzas, é impedir también que en el silencio y en la soledad se adiestrasen los batalladores contra el averno.

No puedo dejar relegado al olvido lo que un famoso doctor Gostañeta, dijo al Illmo. señor Arzobispo Lizana el día 21 de Abril de 1803, cuando visitó esta ciudad co-

mo su prelado que era entonces, á saber: Los felipenses de Querétaro son las piedras más valiosas y brillantes de vuestra pectoral: si alguna vez tuviera la necia temeridad de pretender ser obispo, sería para la diócesi de Querétaro, únicamente porque tendría entre mis cooperadores á los hijos de San Felipe Neri que en esta afortunada ciudad han sido, son y serán eficacísimos.

En la Iglesia de Dios, los hijos de San Cayetano se han distinguido por su pobreza, los del Serafin humanado, por su humildad, los dominicanos por su acendrada devoción á la Virgen Madre, los Agustinos, por su dedicación al estudio, los del Carmelo por ser hombres de oración, los de San Ignacio, por su obediencia, los simpáticos pasionistas, por su penitencia y los de San Felipe Neri, como cultivadores de los lirios de pureza y las azucenas de la castidad.

Rodeado de un auditorio tan ilustrado como el que me hace el honor de escucharme, y felizmente libre de los errores condenados por la Iglesia, que son tan comunes entre los que no profesan sus enseñanzas; no debo temer que os desagrade haga algunas reminiscencias biográficas, no relativas á los principales bienhechores de Querétaro, como Conin, después Fernando de Tapia, Don Joaquín de Urrutia, primer Marqués de la Villa del Villar del Aguila; el Pbro. D. Juan Caballero y Osio; Don Fausto Merino; Don Melchor de Noriega Cobielles; Don Juan Antonio del Castillo Llata; ni de Doña Josefa Vergara, de Doña María Cornelio Codallos, de Doña Cayetana Galeana y de Doña María Antonia Rodríguez de Pedroso, Marquesa de Selva Nevada ó Sor Josefa de Santa Teresa; tampoco de los prelados que aquí tuvieron su cuna; ni de los tres canónigos, ilustres

queretanos, que lo fueron de la Santa Iglesia de Michoacan; el I.ºc. Don Mariano Escandón y Llera, tercer conde de Sierra Gorda, Caballero de la Orden de Carlos III, que figuró en la guerra de insurrección; el Dr. y Mtro. Don Santiago Velázquez de Lorea y el Dr. Don José Rodríguez Vallejo. Quiero hablaros de otros insignes varones, no menos eximios, y que no han sido extraños á esta ciudad.

Hace casi media centuria que uno de ellos pisaba esta ciudad enviado por el dignísimo Arzobispo de México, ceñido con la aureola del saber, dotado de una pureza angélica, que desde entonces hasta hoy guarda ilesa, así como el místico perfume de la violeta que trasciende en todo él. Venía á dar saludables pastos á las ovejas que estaban bajo el patrocinio de la madre de la Inmaculada María; esto pasaba el memorable 22 de Febrero de 1856. Trató desde luego de reconstruir su templo, que no vió terminar, pues sólo permaneció entre vosotros unos veinte meses; pero como un recuerdo de su munificencia, ese templo guarda un precioso ornamento. Fué aquí donde tuvo principio felicísimo su luminosa carrera, en la que ha dejado siempre gratas memorias por haber cumplido fiel é intachablemente su sacro ministerio: aquí dió las primicias de sus escritos, publicando un opúsculo contra el impío Alvarez. Después pasó á desempeñar el magisterio en el Seminario Conciliar de México; recibió las blancas ínfulas doctorales; volvió á ser Cura de almas, cargó anexo á la Canongía que obtuvo en mi actual Basílica, de donde fué trasladado á la primera Catedral Metropolitana de nuestra Iglesia, y fué ascendiendo en el espacio de 29 años, desde último prebendado hasta Deán, que es la primera dignidad, la cual dejó para ser nuestro dignísimo Arzobispo, puesto

muy elevado que jamás le ha deslumbrado, en el cual se ha manifestado como modelo de gobernantes por su trato de cariñosísimo padre, lleno de complacencia, de gran misericordia, y por fin, de incansable laboriosidad. Uno de los brillantes más valioso de su inmortal corona ciertamente será que en su larga carrera ha sido amigo, protector y padre de las familias religiosas, ora se hayan consagrado á la educación de la infancia y juventud, ora á auxiliar á los enfermos y á los desvalidos, ora á instruir á las multitudes en las evangélicas doctrinas, y lo que ha sido siempre más conforme con su piedad, á las que tienen un trato íntimo con Dios en la oración: tan crecido número de esas buenas almas henchidas de gratitud, han elevado de continuo al cielo sus plegarias, que no han sido en vano, pues han descendido raudales de luces, de gracias y de favores sobre él; por esto ha llevado con tanto acierto los difíciles cargos que se le han confiado. Con razón mi inolvidable padre, el Illmo. señor Labastida, admiraba en él, no tanto su grado académico de doctor, cuanto la sabiduría y el tacto para administrar los bienes que se le han confiado y la inalterable paciencia en el espinoso cargo de Vicario de religiosas. ¿Por qué no decirlo? Yo le debo como nadie mucho, muchísimo: su confianza y su cariño constantes; siempre he encontrado no sólo abiertas las puertas de su palacio á cualquiera hora, sino las de su corazón; no sólo me siento ufano con tan inmerecidas consideraciones y testimonios de su inmensa benevolencia, sino obligado á publicar en cuantas ocasiones se me ofrecen, mi agradecimiento que no tiene valladares.

Me remontaré ahora muchos años atrás: contamos ya siglo y medio desde que llegó á esta vid del Señor, enriquecida después de nuestro México como ninguna

otra, con los beneméritos franciscanos (1531) y los hijos de Bernardino Alvarez (1586) en el siglo XVI; con los discípulos de Pedro de Alcántara (1613), de Juan de la Cruz (1614), de Ignacio de Loyola (1625), de Domingo de Guzmán (1692), y de los imitadores de Linaz y de Margil (1683) en el siguiente siglo, y por fin con los prosélitos de Agustín y de Pedro Nolasco en el siglo XVIII, y con las hijas de Clara (1607), y de Coleta (1721); llegó, os decía, un venerable sacerdote, digno de eterna memoria, Martín de San Cayetano Jorjanes y Castrejón, para derramar en tan privilegiado suelo una fecunda semilla, que bendecida por el celestial Jardinero, debía dar, como dió y seguirá dando, á pesar del enemigo del hombre y de sus miserables secuaces, copiosísimo fruto, arrancándole de sus infernales garras incontable número de almas. Esta era la intención que en su noble pecho abrigaba; aquí á cuantos le vieron, edificó por su admirable vida, que consignó en un libro (1760) el P. Villaplana, religioso del Colegio Apostólico de la Santa Cruz. Cumplida admirablemente su santa misión, murió Martín el 5 de Abril de 1760, sin haber visto realizarse la fundación del Oratorio Queretano, porque hasta después de su fallecimiento llegaron la Bula Pontificia del 16 de Mayo y Real Cédula del 24 de Enero de 1760 que la autorizaban. Cúpole al P. Marcos de Ortega, felipense de San Miguel el Grande, venir á establecer aquí la deseada fundación, en una humilde capilla y casa que se dedicó en Noviembre 21 de 1763, donde permanecieron hasta Mayo de 1800 él y sus imitadores; uno de éstos, el P. Esteban Joaquín Ramírez de Béjar, antiguo Cura de Ucareo, que después de haber sido dos veces Preósito, murió de 71 años, el 8 de Enero de 1780. (1).

Elogiar brevemente á estos numerosos é ínclitos varones, cuando la vida de cada uno podría llenar un volumen, temeridad parece formular tan semejante proposición. No obstante, como los insignes felipenses que hasta ahora han compuesto la Congregación del Oratorio de Querétaro, se parecen de tal modo por sus altas virtudes, que se confunden entre sí, elogiar á uno es dignificar á todos, y ensalzar á dicha Congregación en general es encomiar á cada uno en particular.

Así, pues, basta á mi objeto con que yo entresaque de esa multitud de varones ilustres, á uno que otro. Comenzaré por el P. Dimas Diez de Lara, venerable Preósito, que cuando era Cura de Santiago Tianguistengo, solía divertirse jugando al ajedrez con otro sacerdote. Cierta ocasión tuvieron una cuestión acerca de la salvación de nuestros indios: el uno sostenía la afirmativa y el otro la negativa: se dirimió la controversia prometiéndose que el primero que muriese vendría, si Dios se lo concedía, á decidir el caso. El P. Dimas estaba una noche en su casa, oyó que le llamaban por la ventana: preguntó qué se ofrecía y la respuesta fué: "Vengo á decirte solamente, que de los indios algunos se salvan; pero de los curas ninguno." Aunque no estoy absolutamente conforme con esto, pues si el cura logra salvar siquiera una alma, tiene casi asegurada la suya, conforme á esta doctrina de San Agustín: *animam salvasti, animam tuam praedestinasti*: salvaste una alma, predestinaste la tuya; he referido el caso á fin únicamente de indicar el móvil que tuvo el P. Dimas para refugiarse en el Oratorio en 1775, porque después de oír aquella respuesta, mandó que fuesen á ver al Padre con quien solía jugar al ajedrez, y se sorprendió al saber que su casa estaba consternada, porque acababa

de fallecer. El P. Dimas dejó luego el curato, se dirigió á México y formó su espíritu en el Oratorio. Después pasó al de esta ciudad (1785), trabajó cuanto pudo por la construcción del templo, y gracias á la merecida influencia que tenía adquirida con su sólida virtud y saber, reunió los fondos necesarios (2). Mas terminada la construcción después de muchas fatigas y de un sinnúmero de afa-nes, al quitarse la última cimbra de su hermosa cúpula, vino ésta abajo estrepitosamente. ¡Qué amargura! no pudo contenerse el P. Dimas y prorrumpió en copioso llanto. A poco salió de entre los escombros para recorrer las calles y manifestar su grandísima angustia; no fué inútil, pues los generosos comerciantes de las casas y tiendas que había en las calles que median entre San Felipe y San Francisco, á donde se encaminaba para referir su desgracia á los hijos de este seráfico Padre, le reunieron los catorce mil pesos en que se presupuestaron los perjuicios del desastre: con tan grata oferta volvió consolado á su Oratorio; tuvo por fin la satisfacción de que el jueves 19 de Septiembre de 1805 se dedicara el templo de su Santo Padre.

Entre varias tribulaciones, la última durísima con que el Señor purificó al P. Diez de Lara, fué la ceguera. Tuvo durante esta prueba, que sufrió con la resignación de los justos, un gran consuelo. Había mandado hacer á Don Mariano Arce la hermosísima escultura de Ntra. Sra. de los Dolores, que todavía veneramos en este templo, y cuando se la entregaron, ya estaba ciego; pero con tal fervor pidió al Señor le concediese verla, que su oración fué escuchada, exclamó: "¡Qué hermosa está: tal como yo la quería!" Inmediatamente volvió á quedar ciego y así permaneció hasta su muerte, acaecida el nefasto 15 de Febrero de 1817.

El P. Francisco Javier Marroquín y Perea, cuya memoria, según frase del Espíritu Santo, será de bendición (Ps. III. 7), supo formar con sus ejemplares virtudes una pléyade de sacerdotes que sin ruido ni ostentación se consagraron á sacar del pestilente fango á innumerables pecadores y á dirigir á las almas por los limpios senderos de las virtudes cristianas. De aquellos citaré á Melchor Angeles, de depravada y escandalosa vida, que acogido después de duras pruebas en la casa del gran San Felipe Neri, dió admirables ejemplos de penitencia y falleció con la deseada muerte de un santo el 16 de Septiembre de 1855.

Con el fin de que no se perdieran algunas noticias tradicionales de este admirable varón, publiqué hace dos años en "El Tiempo" y "El Boletín Oficial" del Arzobispado de Oaxaca, tres casos de profecía y conocimiento de sucesos distantes. Posteriormente supe lo que os voy á referir, contando con vuestra benévola atención y quizá abusando de ella.

Existía en Querétaro una persona respetabilísima, que nos ha dejado una Memoria Estadística de este Estado, publicada en 1875. Fueron sus hijos un médico muy aventajado, á quien diré de paso debo inmensa gratitud por los cuidados exquisitos que aquí dispensó á la señora autora de mis días, un jurisconsulto íntegro y fervoroso católico y una hija á quien amaba extraordinariamente, la que después de algún tiempo se enfermó de suma gravedad. En tal conflicto, el Sr. Don José Antonio Septien y Villaseñor, su cariñoso padre, apeló á cuantos medios pudo, siendo uno de ellos acudir á su íntimo amigo el P. Marroquín, que justamente tenía la fama de ser un santo sacerdote, rogándole dirigiera sus fervorosas y valiosísimas plegarias al Señor de la vida

y le ofreciera que si su hija sanaba, daría copiosas limosnas para la iglesia de San Felipe. El P. Marroquín le oyó con calma y luego contestó con este apotegma: "A Dios no se cohecha ni quiere idolitos." Desconsoladísimo quedó el afligido Sr. Septien con semejante respuesta; al poco tiempo la niña Lucía murió.

Había ordenado el P. Marroquín terminantemente á unos jóvenes que se educaban en la casa de la Congregación, que no se divirtiesen con ningún juego de naipes. Estos no le obedecieron sin embargo, hasta que cierta noche que estaban encerrados en un aposento, entusiasmadísimos en el juego, cuando creían que el P. Marroquín dormía ya, se les presentó este V. Preósito. *Foras clausae stetit in medio eorum* (Joan. XX. 19). ¡Cuál sería su sorpresa y confusión! esto fué bastante para obtener un verdadero arrepentimiento, sincera enmienda en su desobediencia y acrecentar por otra parte la inmensa veneración á aquel que acababa de darles una palmaria prueba de haber gozado anticipadamente del don de la sutileza.

En cierta ocasión fué invitado á tomar unos días de solaz en una de las haciendas cercanas á esta ciudad. Aceptó de buen grado. Estando allí dió ejemplos como en todas partes de ser un hombre de Dios; referiré uno que revela su condescendencia extraordinaria, sólida obediencia y sufrimiento paciente.

Varios jóvenes que moraban en dicha hacienda, le convidaron para que tomase parte en una diversión que iban á tener, y que era un simulacro de asalto militar. Aceptó la invitación, cual discípulo aprovechadísimo de San Felipe Neri que jugaba frecuentemente con los niños para ganarles á su vez el cielo, y desde luego unos de los jóvenes se colocaron dentro de un cuarto y otros

fuera; olvidando en esta ocasión la respetabilidad del R. P. Marroquín, le nombraron centinela, con obligación de tener abierta constantemente una ventana alta por medio de un otate ó carrizo, para que por allí pudiesen penetrar los tiros que dirigían á los que estaban encerrados. Nuestro buen P. Marroquín aceptó la comisión sin protestar. Caro le costó su anuencia, pues más de una vez sufrió golpes; pero permaneció impasible en su puesto, y aunque de continuo tenía que limpiarse el polvo con que los terronazos le ensuciaban ya la cabeza, ya la cara; no dejó por esto de mantener abierta la ventana, para cumplir así con lo que se le había ordenado.

He sabido que el Señor le concedió, para salvar á un alma, la gracia especialísima de bilocarse.

Existe un retrato litografiado de este V. Prelado donde se lee: que nació en 1808, que fué ordenado sacerdote en 1833, vistió 32 años la sotana de felipense y después de haber sido Preósito 15, murió en olor de santidad en Febrero 5 de 1857. (3).

El P. Agustín Guisasola, orizaveño, á quien la generación presente recuerda todavía con ternura y quien me honró con su amistad, lo recuerdo con gratitud, estaba dedicado á su ministerio como un apóstol, y era tan generoso con los pobres, como un Tomás de Villanueva, despojándose hasta de la camisa para cubrir al desnudo. Por su saber nada común, su conducta inmaculada y por haber servido más de cuatro lustros la primera parroquia de esta diócesi con perfecto acierto y unánime aprobación de los moradores de ella, fué justamente llamado por el inolvidable Illmo. Sr. Dr. Don Ramón Camacho, que tanto le estimó, para que formase parte de su cabildo, que hace 16 años le perdió. Nos ha dejado

32 cuadros en medio folio de "El Pontificado Católico, Historia compendiada de los Papas, desde el establecimiento de la Iglesia por N. S. Jesucristo hasta nuestros días," impresos en 1883, y unas cartas contra el protestantismo (1883 y 1884), que difundió entre los queretanos, luego que desgraciadamente apareció tal secta en esta preciosa heredad del Señor. Un sermón sobre el Patrocinio de la Santísima Virgen (1867).

Añadiré los siguientes rasgos, que el autor de su biografía calló, tal vez por no saberlos, y que patentizan más y más su acrisolada virtud. Cuando fué Cura de Santiago, no se contentaba con repartir entre los pobres cuanto tenía, al grado que aun los estipendios que le daban por las misas, no bien los recibía con una mano, con la otra los daba, sino que su caridad se extendía también á los socorros espirituales. Se introducía en las casas de los pobres para averiguar si estaban unidos con el vínculo sagrado del matrimonio y procuró con inauditos esfuerzos, que no hubiese ninguno en su feligresía que no lo tuvieren. Su solicitud para auxiliar á los gravemente enfermos, fué admirable; no le arredaban para desempeñar su ministerio ni las lluvias, ni las propias enfermedades, ni las horas intempestivas, siendo de notar que jamás consintió que sus vicarios saliesen de noche, pues él era quien acudía á esas horas cuando le llamaban á ver á los enfermos y á veces andaba averiguando si los había.

Se hallaba el P. Guisasola enfermo, y le acompañaban algunas personas. En otra pieza bastante distante se encontraban tres jóvenes estudiantes, uno ya no vive, otro no reside aquí y el tercero se halla presente. Deseaban fumar; pero no tenían ni cigarrillos ni medios para comprarlos. Uno de ellos acababa de recibir un pa-

quete de dinero para el P. Guisasola, y esperaba que estuviera solo á fin de entregárselo; había notado que entre los pesos venía un décimo suelto y dijo á sus compañeros: me veo tentado á tomármelo para comprar los cigarrillos. No bien acababa de decirlo, cuando el P. Guisasola le mandó llamar á su recámara. Entró en ésta donde había algunas visitas, el Padre le dijo: en la bolsa de mi chaleco está un décimo; tómallo. Así lo hizo, fué inmediatamente á contar á sus compañeros el fin para que había sido llamado, y todos se quedaron atónitos, porque bien sabían que era imposible que hubiera sido oída su conversación por el P. Guisasola. Nos explicamos este caso los que sabemos que el Señor comunica á los superiores ciertas inspiraciones y especiales luces para impedir el mal. A esos y otros jóvenes sostuvo é instruyó algún tiempo, no en vano, puesto que ocho recibieron el sacerdocio y algunos han sido dignos hijos de la Congregación del Oratorio, por cuya conservación y aumento el P. Agustín no perdonaba sacrificios. (4).

Vivía á principios del siglo pasado un felipense queretano, que después de haber estudiado con brillo en el Colegio de San Ildefonso de nuestra capital, de haber obtenido las ínfulas doctorales en Cánones en la antigua Universidad de México, de haber servido el Curato de San Francisco del Rincón, de haber restablecido los estudios en el Colegio de San Javier de aquí, del cual fué rector, y de haber sido Canónigo Doctoral de la Santa Iglesia de Michoacán y su Vicario General y su Provisor, todo lo renunció ¿por qué? porque acertadamente juzgó que le era más honroso y saludable vestir la humilde sotana de hijo de San Felipe Neri. Se llamaba Manuel María Iturriaga y Alzaga, á quien se le confió el

1020000422.

sermón de dedicación de la iglesia de las Carmelitas el 20 de Julio de 1802, sermón que desempeñó á entera satisfacción del auditorio, según publicaba la "Gaceta" de aquella época. También enriqueció el P. Manuel María nuestra literatura con sus producciones, de las cuales una parte se imprimió y otra quedó inédita.

El P. Mier publicaba en Londres el año de 1813 (tom. I, pág. 292 de su Historia de la Revolución de Nueva España), que este V. sacerdote Iturriaga poco antes de morir había denunciado al Sr. Cura Dr. Don Rafael Gil de León la conspiración que se tramaba aquí, en 1810, en contra de la dominación española.

Bustamante prohió la calumnia del P. Mier, aunque sin nombrar al P. Iturriaga (Cuadro Histórico. Carta II), así como el Dr. Mora (México y sus Revoluciones, tom. IV, pág. 17), "México á través de los Siglos (III, 97) y otros modernos escritores. Pero Don Lucas Alamán, concienzudo historiador, dice en una nota de su Historia de México (tom. I, lib. II, C. II), que sabía el P. Iturriaga la conspiración por el Corregidor Domínguez y por Allende, y aunque no quiso tomar parte en ella, tampoco la denunció. El haber acaecido su muerte por estos días, dió lugar á semejante calumnia. El denunciante fué el español llamado Francisco Bueras: así lo afirman el mismo Alamán y Arrangóiz (México desde 1808 hasta 1869, parte I, cap. IV, pág. 78), Zamacois (tom. VI, c. V, p. 190) y el Lic. Alvarez (Historia de México, tom. IV, p. 14), añaden que Bueras se presentó al Sr. cura Gil. Un testigo presencial, Epígnio González, testimonio de gran autoridad (Boletín Histórico Mexicano, Nbre. y Dicbre. de 1901. México) nos dice que Esquerro, religioso agustino, fué á México á denunciar la conspiración al Sr. Arzobispo Lizana an-

tes de la llegada del Virrey Iturrigaray; que el asesino Francisco Araujo, para lograr su libertad, fué otro que la denunció aquí el 12 de Septiembre al escribano Domínguez y éste á su vez, al Comandante Rebollo; por último, que el enviado de Allende, Mariano Lozada, llegó aquí el 14, en momentos que sepultaban al P. Iturriaga, á quien le hallaron después de su muerte papeles que no dejaban duda de que conocía la conspiración. (V. tomo II n. 30. En los Documentos para la Guerra de Independencia, se habla de otra denuncia hecha el 14 por un eclesiástico sin nombre que la supo en el confesonario.

Fácilmente se explica que catearan el aposento del P. Iturriaga en los momentos de excitación que hubo aquí, por las relaciones, según queda dicho, que tenía el Padre con Allende. Por todo lo expuesto se confirma más y más que el P. Iturriaga no fué denunciante ni ante el Cura Gil ni ante ninguna otra persona.

Agregaré para acabar con la calumnia propalada por el P. Mier, que éste se encontraba en el extranjero desde 1795 y que hasta 1822 volvió á México; que fué muy ligero en sus escritos, puesto que ignoraba que el P. Iturriaga ya no era entonces canónigo sino felipense, y que en artículo de muerte su confesión tenía que recibirla el padre destinado para esto, según las sapientísimas reglas del Instituto de San Felipe Neri y no el Cura de Santiago. Una de las cualidades de los felipenses quere-tanos ha sido no haberse inmiscuido en asuntos ajenos á su ministerio; ninguno ha figurado en las épocas de las conmociones políticas, excepto el P. Campa, por justas causas, como después diré, y otro á quien debemos en gran parte nuestra Independencia, por los consejos que dió á Iturbide, el Dr. Monteagudo, felipense de México.

El P. Mier, para escribir su Historia de la Revolución, se inspiró en gran parte en el periódico que se publicaba en Londres por Blanco y White, llamado "El Español," donde se trata efectivamente de la conspiración de Querétaro (en el tomo III, pág. 19); mas no se menciona al P. Iturriaga, por lo cual se patentiza que el P. Mier le calumnió. Me es en gran manera satisfactorio vindicarlo en esta augusta reunión. Así sucede con frecuencia, que el dicho de un autor se acepta sin criterio y después corre como verdad.

No son menos dignos de remembranza estos otros felipenses: el P. Manuel Soria y Beña, queretano, hijo del médico Don Manuel, que fué colocado por el fundador de este obispado en su primitivo Cabildo y desempeño con acierto los cargos de Secretario, Provisor y Gobernador; su nombre figurará siempre en la Historia de nuestra patria por haber auxiliado en sus últimos momentos, en el célebre montículo de las Campanas, al infortunado Emperador Maximiliano; fué un sacerdote de intachable conducta, formado conforme al espíritu del gran San Felipe Neri. El Dr. Don Agustín Rivera, en sus Anales Mexicanos, nos dice que el P. Soria tendría en 1867 poco más de cincuenta años, que era de cuerpo endeble y enfermizo, de genio tímido, de buena capacidad intelectual, humilde y virtuoso, de palabras y modales dulces, abogado recibido por el Tribunal de Querétaro y Vicario Capitular á la muerte del Illmo. Sr. Gárate.

Permitidme todavía que os recuerde al P. Nicolás Campa, de un carácter franco y jovial, á quien se le pueden aplicar aquellas palabras de San Pablo: "me he hecho todo para todos, á fin de salvarlos á todos." (I. Cor. IX, 22). Algunos que no le conocían á fondo, le tacha-

ron de profesar las ideas del liberalismo, porque tenía relaciones con los que las profesaban, cuando su mente era ver lo que podía conseguir de ellos en beneficio de la Iglesia; no por otra causa aceptó ser Secretario del Gobierno de este Estado, conducta que fué aprobada por mi Padre, el Illmo. Sr. Labastida. Os referiré algunos rasgos de él: tenía una urraca, á la cual, luego que le decía: "vamos á alabar á Dios," el animalito comenzaba á abrir las alas y graznar, y así seguía mientras su amo rezaba. Esto os traerá á la memoria al anciano evangelista San Juan, que también se entretenía con una perdiz domesticada. (Feijoo, T. IV, carta 18, núm. 62). Cuando se le prohibió que pidiera limosna para su iglesia, enviaba á sus conocidos una pequeña estatua de su santo fundador, á la cual puso un papelito, donde se leían estas palabras: "mis hijos no tienen para celebrar mi función."

Le deben las letras los siguientes opúsculos impresos: el Sermón de la Santísima Patrona de esta ciudad Sta. María del Pueblito, pronunciado en la Catedral en 1875; otros dos sobre la Encarnación del Divino Verbo (1874), y sobre el Augusto Sacramento, á la Cofradía de la Vela Perpetua; el panegírico de su Santo Fundador (1874), la carta de edificación sobre la vida y muerte del P. Marroquín (1857), y los apuntes biográficos de su antes referido hermano y Prepósito el P. Guisasola en 1889. Ha legado á la posteridad otro monumento. Cuando fué á Casas Viejas ó San José de Iturbide, donde se distinguió como un cura modelo en el desempeño de su sacro ministerio; afecto á la pintura y á las bellas artes, se empeñó en que la iglesia parroquial se convirtiera, como se convirtió, en un suntuosísimo templo que constantemente publicará á las generaciones venideras